

LOS DOS PATRIOTAS

LIBERALES.

Este periódico se publica dos veces próximamente por semana.

Los números sueltos atrasados se venden á CUATRO CUARTOS en toda España.

Las suscripciones se pagarán por adelantado.

Se suscribe á razon de CUATRO REALES en toda España cada doce números, que vienen á representar mes y medio de tiempo.

Las suscripciones se harán precisamente en la administración, calle de la Cabeza, 36, bajo.

El que sabe mas.—¿Y qué se habla de elecciones en su pueblo de usted?

El que sabe menos.—¿En mi pueblo? Pues dicen que se presentan Fulano y Zutano.

—A mi me habian dicho que iban Vds. á votar á Mengano.

—Ese es republicano.

—¿Y qué importa?

—En el pueblo no votamos republicanos, y menos á ese que no ha hecho nada por la revolución, y ahora todo le parece poco. Antes se contentaba con lo que todos, y ahora pide la república.

—¡Hombre! mientras no pida destinos no va del todo mal.

—Sí, pero es un trasto.

—¿Por qué?

—Porque no hace mas que hablar.

—¿Pues qué quiere V. que haga?

—¿Si hubieran estado esperándole para ganar la batalla de Alcolea!

—Gran sacrificio y no menor gloria han realizado cuantos tomaron parte en esa batalla; pero si solo ellos pudieran disfrutar los derechos de ciudadanía, seria muy pequeña la estension de la libertad española, y nada tendríamos entonces que agradecer á esos hombres. Usted mismo, que no ha estado en esa batalla, dejaria de tener derecho á tratar de asuntos de gobierno. Además, así como no todos los hombres tienen la facultad de pensar bien, no todos tienen tampoco la cualidad de despreciar la vida ó estar prontos á perderla; como no todos tienen buena salud y vigor natural bastante para soportar las fatigas y las emociones de un combate ó de una campaña. Echar en cara á un hombre el no haberse batido por una causa, no puede querer decir que no la ame, si todos los demás actos de aquel hombre prueban lo contrario.

—Es que Mengano defendía antes la democracia, pero no la república.

—Llámelo V. hache; porque democracia y república son palabras que vienen á significar lo mismo.

—No creía yo eso.

—Pues ya puede V. empezar á creerlo.

—Me dirá V. por qué.

—Con mucho gusto. Mire V.: democracia significa go-

bierno del pueblo, gobierno de todos, y monarquía significa gobierno de uno solo. Con que ya ve V. que la democracia no se aviene bien con la monarquía.

—¡Hombre, pues pobre Inglaterra?

—Poco á poco. No se chunguée V. todavía. Inglaterra es efectivamente menos pobre que nosotros, porque empezó su gran revolucion liberal en 1640, y nosotros en 1810; pero en Inglaterra, en donde no hay aun Sufragio Universal, y donde existe un trono, que puede nombrar gobiernos y sancionar leyes; Inglaterra, á pesar de ser una nacion antiquísima y grande ya desde hace muchos siglos, es considerablemente menos rica que la república de los Estados-Unidos de América, nacida hace noventa años. No tiene V. mas que tomarse la molestia de examinar, por ejemplo, la estadística de la marina mercante de ambos pueblos. Es verdad que la inglesa es la segunda del mundo, pero la de los Estados-Unidos es la primera.

—Sí, señor; pero en España no podemos dar un salto tan grande.

—Mayor fué el que dieron los Estados-Unidos, que pasaron á ser libres desde la situacion de colonia inglesa en que se hallaban, y por lo mismo desde una situacion monárquica y algo mas tirante que la nuestra.

—Sin embargo, un rey es un gran dique.

—Vamos, V. cree que nuestro pueblo no puede respetar mas que á un monarca; que no ha de saber respetar la autoridad que él mismo se dé.

—Fácil es.

—No, hombre, no. La inmensa mayoría de personas tienen juicio y saben respetar la autoridad legal, cuanto mas la legítima levantada por el voto de la nación.

—Sí, pero ¿qué es lo que puede hacer la reina de Inglaterra? Pues áteme V. cortos á los reyes y no los tema.

—Los temeré menos si no los hay. En cuanto á los reyes constitucionales, ya sé yo que la reina de Inglaterra, que V. cita, no puede mucho contra las leyes, y por eso es aquella monarquía infinitamente preferible á la absoluta; pero todavía puede influir en la práctica de esas leyes y aun en la ley misma, puesto que tiene la facultad de sancionarla y de nombrar las personas que han de ejecutarla y dirigir, por ejemplo, las elecciones á Cortes, dentro del círculo oficial. El gobierno de los Estados- Unidos no tiene esta rémora en contra de sí, y por eso le ha costado menos trabajo y menos tiempo realizar las grandes reformas liberales, que en Inglaterra han sido aceptadas al cabo y le han dado la enorme riqueza representada por la diferencia que hay entre los presupuestos generales de gastos de esta nación, á principios del siglo actual, y en el día de hoy. A principios del siglo pagaba Inglaterra menos de dos mil millones de reales anuales, y hoy paga con mayor desahogo mas de siete mil.

—¡Cáspita!

—Esto ha ganado Inglaterra con el nuevo régimen. Así es, que ha logrado hasta matar el hambre histórico de Irlanda; que á tanto llegan las maravillas de la liber-

tad comercial é intelectual. De modo que Inglaterra, madre de los Estados-Unidos, legó á estos la semilla de la libertad que ella cultivaba; y estos se han dado tal prisa á propagarla, que han llegado á poseer mayor capital de ella que su propia madre. Hé aquí esplicada su considerable superioridad.

—Eso será cierto, pero en todas las repúblicas no hay tanta prosperidad. Y sino, vea V. las repúblicas de la América que fué española, siempre despedazadas por el desórden, la guerra, la devastacion y el pillaje. Y son repúblicas.

—Allí domina la oligarquía, y muchas veces la tiranía militar cubierta con un nombre respetable. Lo que allí sucede es precisamente porque no se practica el gobierno del pueblo por el pueblo, á causa principalmente de la ignorancia en que están aquellas naciones.

—Pues vea V. lo que yo temo en España.

—Permítame V. que concluya, y luego dirá V. lo que le parezca. Decía que en virtud de la ignorancia del pueblo y de la despoblacion del territorio...

—¡Hombre! ¿Y qué tiene que ver la despoblacion del territorio?

—Muchísimo. Figúrese V. que Méjico es poco menos grande que toda Europa. El solo Estado ó provincia de Yucatan es tan grande como España. En todo este inmenso terreno están diseminados ocho millones de personas, y cuente V., para que imagine mejor el caso, con que solo en la capital hay 200,000 personas, en Puebla 60,000, y

así sucesivamente en otras ciudades importantes. De aquí resulta que los campos están desiertos.

—Pues ya lo creo.

—Se andan á veces cincuenta leguas sin ver una choza.

—¡Jesús!

—Por otra parte, el atraso del país hace que no haya carreteras, y menos aun caminos de hierro ni telégrafos. De aquí se sigue, que cuando el gobierno recibe la noticia de que se han sublevado 200 hombres á 300 leguas, ya son 2,000; y cuando llegan á la localidad sublevada los 1,000 soldados enviados allí por el gobierno para restablecer el orden, ya son 6,000 los rebeldes, ó no hay uno; después de qué han saqueado las arcas públicas y privadas, quitado y puesto autoridades, y marchándose á 100 leguas de allí á continuar haciendo lo propio.

—¡Qué atrocidad!

—Tenga V. además presente, que este estado de cosas ha creado una falanje de aventureros irreducibles; que se baten siempre por la causa que aspira al poder, pero en realidad por la causa de su holgazanería y malas pasiones. Y como esta vida de latro-faccioso es productiva, no hay medio de que el gobierno se vea libre de tamaña clase de enemigos.

—Lo comprendo todo.

—Claro es que la natural consecuencia de esta situación ha de ser la debilitación de las fuerzas del país, la mengua de las rentas públicas y el desquiciamiento de todos los servicios. Ni se pueden hacer caminos, ni man-

tener ejército con el debido material, ni instruir á su personal, ni educar empleados, ni siquiera atraerse la voluntad de los ciudadanos, á quienes ninguna sensacion grata puede proporcionar un gobierno que está condenado á pedir dinero y hombres con la mano izquierda, y pegar golpes con la derecha. Estas son, á no dudarlo, las causas de que las repúblicas de la América, que un dia fué española, no se rijan bien desde el momento en que creyeron poderse dirigir sin el apoyo de un gran poder central y fuerte, material y moralmente, como no lo ha podido llegar á ser ninguno de aquellos gobiernos parciales. Por lo demás, allí, como en todas partes, hay lecciones saludables que debemos aprovechar. Allí se demuestra que el pueblo que aspire á ser libre debe instruirse para saberse dirigir; siendo la primera y mas importante verdad que debe aprender un pueblo, la de que las pasiones son malas consejeras. Francia no tiene el inconveniente de la despoblacion y del atraso material, y sin embargo, ha visto mas de una vez comprometidos por la pasion ciega sus mas grandiosos movimientos políticos. Aprendamos y escarmentemos.

—Pues por eso vuelvo á mi tema de que en España no se puede poner todavía la república.

—Amigo mio, cuando la pasion habla, calla la razon; lo mismo en los hombres instruidos, que en los necios. Los pueblos siempre son honrados y están dispuestos, como he dicho, á proceder noble y prudentemente. Yo no desconfío de los ignorantes, allí donde hay suficiente ma-

sa de hombres instruídos. ¿La hay en España? Esta es la cuestion.

—Yo creo que no.

—Pues la prueba de que se equivoca V., es la revolucion que aquí se ha hecho á favor de los principios políticos mas avanzados que se conocen. Sin grande instruccion en la masa pensadora de la sociedad, no se hubiera levantado esta bandera, y menos hubiera vencido en diez dias á la bandera antigua.

—Parece ser cierto eso que V. dice, pero hay todavia mucho bruto. Mire V., sin ir mas lejos: en el pueblo donde estoy de cirujano hay quinientos vecinos; pues crea usted que no saca V. ciento que sepan leer, ni mas de una docena que lean periódicos. Y lo que es republicanos, como no sea mi compañero el médico, se me figura que no hay otro.

—Bien, pero tenga V. en cuenta que el pueblo de usted está donde Cristo dió las tres voces, y que ni siquiera tienen V. una mala carretera para comunicarse con la gente.

—Eso sí.

—Y vamos á cuentas; ¿No se habla de política en su pueblo?

—¡Ah! eso sí señor.

—¿Y qué es lo que piensan en general?

—¿Quiére V. que se lo diga?

—Sí, hombre; pues para eso se lo pregunto á V.

—Mire V. En el pueblo están contentos porque se ha

quitado la contribucion de consumos; les gusta á los hombres tener voto para elecciones; les gustaria mas que les quitaran las quintas y se mantuvieran menos vagos con las contribuciones que pagan. Conocen que en los palacios de los reyes hay mucho tuno y que los reyes entienden tanto de gobernar como yo de asar castañas, que en mi vida las he visto mas gordas. Tienen cariño al sistema de arreglar su pueblo sin andar pidiendo permisos al gobernador civil, que así sabe lo que necesita el pueblo como por los cerros de Ubeda, y todo se vuelve dilaciones y empleados y gastos y disgustos. Tienen cariño al sistema de tener diputados provinciales y á Córtes, elegidos por ellos; pero les irrita y les escandaliza lo que hacen algunos de ellos, que no piensan en cumplir con su deber, creyendo que los pueblos son tontos. Y esté V. seguro de que si los pueblos no toman con mas calor la política es porque están escarmentados de los hombres, y no ven claro el remedio; porque no se les ha enseñado á conocer el mejor sistema.

—Vamos, vamos, veo con gusto que se explica V.; pero tenga V. presente, sin embargo, que no hay sistema capaz de hacer santo á todo el mundo.

—Eso ya lo sé yo; pero sé tambien que la gente del campo conoce mejor los vicios de ciertos hombres que las virtudes del sistema liberal; porque aquí donde usted me vé, soy tan liberal como el que mas, y no me asusta la palabra *república*, solo que tengo miedo á que no sepamos disfrutar cosa tan buena, que empieza por necesitar

que los hombres no puedan ser engañados fácilmente.

—¿Pues no dice V. mismo que los de su pueblo de usted conocen que los reyes y sus adláteres, y que muchos diputados y hombres de autoridad no la ejercen bien?

—Sí, señor.

—Sin embargo, ya ve V. que se contentan con desacreditarlos; aun cuando conozcan lo mal que gobiernan.

—Con todo; que se hubiera sostenido la reina algo mas, y ya hubiera V. visto plagados los campos de hombres armados contra ella, y nadie hubiera salido á defenderla.

—¡Hombre, es que los abusos llegaban ya á ser tan grandes...! Pero el caso es que los pueblos han estado aguautando mucho tiempo, á pesar de no estar á gusto. Pues bien; procedamos como lo permite el sistema liberal, como él obliga; ahorremos trabas al ciudadano; gastemos bien el dinero y hagamos que luzca; quitémonos para ello de encima zánganos y zanganadas de todo género; pongamos una sola contribucion y hagamos desaparecer *todas las demás* que hoy nos atan y nos esquilman por todos lados, absorbiendo en el trabajo de cobranza gran parte de las pesadas y odiosas rentas; suprimamos las quintas, ó á lo menos que no vaya á ser soldado el hombre que sepa leer y escribir; demos á los ayuntamientos y á las provincias la libertad de disponer de sus fondos; descentralicemos la administracion y disminuyamos así oficinas generales de toda especie; moralicemos de este modo la gestion de los negocios; evitemos así el ódio á Madrid, la desconfianza hácia el hombre instruido, que

personifica la tiranía y la injusticia; deje de haber una raza de opimidos y otra de opresores, y V. verá cómo el pueblo lleva muy á bien la supresion de la monarquía, que le proporciona estos beneficios.

—Verdad es; pero le digo á V. que lo que es bueno para el hígado es malo para el bazo; porque si deja V. á los pueblos y á las provincias la libertad de gobernar sus asuntos, va á ver cada chanchullo que tiemble el misterio.

—No tanto, hombre, no tanto. En las provincias Vascongadas no es la gente más sabia que por acá; al contrario, en los campos todavía están más ignorantes, si á mano viene. Pues ellos se arreglan sus negocios municipales y provinciales con gran probidad. Y lo mismo sucederá aquí; porque eso de ser elegido por toda la gente, y aquello de venir luego detrás otro que ha de ver lo que se ha hecho, hace andar derecho á todo el mundo. Si estas autoridades fueran perpétuas, seria otra cosa; serian tan malas como todas las autoridades perpétuas; porque el hombre peca muchas veces en su vida, y por eso hay que dejarle poca ocasion de hacerlo.

—El malo siempre hará de las suyas.

—Si; pero al malo no le elegirán casi nunca las personas que le van á confiar sus intereses; y además, se podrá conocer mejor su maldad y pedirle cuentas. De modo que este sistema no necesita que los hombres sean mejores, como falsamente se dice, sino que los hace mejores á la fuerza; porque el único modo de subir es el ser bue-

no; de donde resulta que el pícaro tiene que ser bueno por picardía.

—¡Hombre, si le digo á V. que soy liberal; no tiene Vd. que convencerme de eso; estoy convencido.

—¡Pues entonces, cómo no quiere V. que se ate corta á la primera autoridad del país! ¡Cómo quiere V. que la primera autoridad esté en el poder toda su vida y herede el puesto su hijo!

—Si yo conozco lo que V. dice, y creo como V. que la autoridad por toda la vida es mala, y que eso de no poderla echar mas que á balazos es peor, pero tengo miedo á la ignorancia de la gente.

—Dale, bola. Volvemos á las de siempre. Si va V. á escuchar á los absolutistas, no se oponen á la libertad porque la crean mala de por sí; ¡cómo han de creerlo! sino porque temen, como V., las barbaridades del pueblo. V. las teme tambien; llámese V. liberal, es V. muy dueño de hacerlo; pero no tiene V. entera razon para ello. Yo no me asustaria de la república, si los hombres fueran ángeles, dicen los reaccionarios. Pues porque no lo son, debemos desearla; porque á serlo, seria bueno cualquier sistema, una vez que estaria siempre con nosotros la bondad absoluta, la justicia. Por lo mismo que los hombres no somos ángeles, hay que impedir que nos oprima el genio del mal, que en todos tiene su rinconcillo. Y para ello hay que pedir consejo al entendimiento, destello de la divinidad: y este consejo es lo que se llama sistema político. El llamado liberal, deja á todos los hombres la

libertad necesaria para que cumplan con las leyes de su naturaleza, y para que no regalando esa facultad preciosa á unos cuantos, abusen estos de ella y se conviertan en tiranos; que es como decir enemigos de la justicia; enemigos de la verdad, emanacion sublime de la libertad del pensamiento humano. Este sistema no pone á la libertad otro límite que el código moral que Dios escribió en nuestra conciencia desde el primer momento en que nos crió; y de consiguiente, este sistema de la libertad es el único que puede negársela á la tiranía, á la eterna enemiga de la razon y del bien. En este sistema de la libertad, solo el genio del mal no la tiene.

—No gaste Vd. la pólvora en salvas, porque ya le he dicho que pienso como Vd.

—Sí; pero desconfía Vd. de la libertad. No está usted seguro de que ella baste para arreglar todas las dificultades con que ha de tropezar.

—Como veo que no basta en la América española y no bastó en Francia.

—La libertad triunfa por último. A veces la hacen dormir las pasiones ó la ignorancia; pero el derecho, que es la emancipacion del hombre, despierta al fin, y siempre mas lozano..... ¿Qué son unos cuantos años de retraso para lo que representa la vida de una nacion, la vida de la humanidad? ¿Qué es un dolor, al lado del progreso? ¿Acaso no venimos nosotros mismos á la vida precedidos del dolor? El dolor purifica y prepara á gozar del bien.

—Ya, pero si nosotros no gozamos de este bien.....

—¿Y ha podido V. creer que haya de ser todo para nosotros; que hayamos de alcanzar y disfrutar todas las conquistas de la libertad? Pues entonces, ¿qué mision dejaríamos á nuestros descendientes? Si tal sucediera habria concluido el progreso humano, y el hombre no tendria ya aspiracion. Su vida careceria de estimulo, y habríamos llegado á una perfeccion de que indudablemente no somos capaces. Tenemos que resignarnos á echar siempre algo de menos; á que nos falte algo. El deseo de buscarlo es el secreto aguijon que nos impulsa al trabajo, cuyo providencial sudor nos purifica el cuerpo y el espíritu. Si nada necesitáramos no trabajaríamos, y si no trabajásemos caeríamos en la abyeccion.

—Pues entonces, ¡viva el progreso indefinido! Ya no pensaré mas en verlo todo.

—Así debe ser. Lo que nosotros no podamos ver lo verán otros. No seamos egoistas. Trabajemos gustosos para los venideros, y perfeccionemos nuestra alma en este noble empeño.

—Entonces no hay ya prisa de que venga la república.

—Usted siempre resollando por la herida. Bien dicen, que genio y figura hasta la sepultura. Usted parece aragones.

—Pues mire V., á propósito de Aragon.

—Es que no he concluido. Me falta decir que de todos modos queda demostrado que el sistema político mas perfecto es el liberal ó democrático, y que este sistema y la monarquía se rechazan; por cuya razon es peligrosa esta

forma de gobierno; siendo la republicana la que se acomoda fielmente al dogma representativo.

—Estoy en eso.

—Pues solo me resta añadir, que sobre todas las cábalas y cálculos acerca de aquello que es mas útil ó mas arriesgado, hay una consideracion suprema: la de la verdad, la de la justicia. Lo que es justo debe hacerse; y cuanto antes, mejor.

—Iba á decir, pero como V. no me deja meter baza, iba á decir que á propósito de Aragon, me ha enseñado un amigo mio de Zaragoza una hoja impresa en la que se propone á D. Baldomero Espartero para rey de España; cosa que me ha parecido muy bien pensada.

—Como V. hay muchos; se les dan razones, dicen que se convencen, y á la primera ocasion demuestran que no. Eso es no fijarse en las cosas.

—Es que hay cosas que no se pueden explicar. Yo no sé qué contestar á V. cuando V. me apura; soy tan republicano como V., porque lo que me faltaba para serlo me lo ha proporcionado su amable conversacion; pero la costumbre, lo que uno ha mamado, lo que ha visto siempre, le lleva á uno, sin querer, por el camino trillado...

—¡Qué difíciles son las reformas! Y aun esto tiene su ventaja, porque dá estabilidad á las cosas, sin la cual nada produciria fruto. Además, no debo sorprenderme de que suceda esto en España, en donde, por carácter, somos firmes y consecuentes. Yo mismo, y á pesar de hallarme acostumbrado á recibir diariamente algunas ideas

nuevas, siento trabajo para realizar las que tienen ya cierta magnitud. No exagerado, este carácter es utilísimo y nos ha de proporcionar grandes ventajas; entre las que sobresale el estar á cubierto de reacciones violentas. En España lo que se hace una vez se deshace con dificultad. Por lo demás, aseguro á V. que el nombre de D. Baldomero Espartero es quizá el único capaz de conmover profundamente el corazon de los españoles; capaz de hacer deramar en un dia dado lágrimas de alegría, y unir en un mismo sentimiento á los hombres de buena fé. Es el patriarca de nuestras libertades políticas. Elevado á la primera magistratura por la soberanía de la nacion, él, cuyo lema fué siempre la voluntad nacional, seria la personificación mas perfecta de este principio de nuestra civilización. Hombre honrado y venerable por su edad como por su historia, puede unir como ningun otro y representar todas las aspiraciones de los hombres de bien. Pero entre V. y yo hay una diferencia, que es la de siempre. Usted le quiere rey, y yo presidente de la república.

—Por eso no hemos de reñir; porque si se vota la república y le nombran presidente, me quedaré tan contento.

MADRID, NOVIEMBRE DE 1868.

IMPRENTA DEL INDICADOR DE LOS CAMINOS DE HIERRO,

Calle de la Cabeza, núm. 56, bja.